

Dependencia y comunión en el servicio

Pierre COMBE

biblicom.org

«Hay diversidad de dones, pero el Espíritu es el mismo; y hay diversidad de servicios, pero el Señor es el mismo; y hay diversidad de actividades, pero el mismo Dios hace todas las cosas en todos. Pero a cada uno le es dada la manifestación del Espíritu para el bien de todos... Pero todas estas cosas las hace el único y el mismo Espíritu, repartiendo a cada uno en particular como él quiere... Pero ahora Dios colocó a cada uno de los miembros en el cuerpo como él quiso» (1 Cor. 12:4-7, 11, 18).

Cada redimido del Señor, como miembro del Cuerpo de Cristo, ha recibido una función que cumplir, con vista a la utilidad. Según [Efesios 4:16](#), cada parte está llamada a contribuir, en la medida del don de Cristo, al crecimiento del Cuerpo, para la edificación de sí mismo en amor. El ejercicio de un servicio requiere la dependencia del Señor con deseo de obediencia, discernimiento de su mente y voluntad, y espíritu de sumisión, para cumplir humildemente lo que él nos ha encomendado en su gracia, y eso, donde él nos ha puesto. Como demuestran los pasajes citados, el siervo del Señor no elige su lugar ni su función en el Cuerpo; depende del Señor.

El servicio no se limita al ministerio público, al ejercicio de un don como el del evangelista que anuncia la buena nueva de la salvación a los inconversos, el del pastor que alimenta las almas de Cristo, el del profeta que comunica la mente de Dios según las necesidades del momento, o el del maestro que enseña, transmite conocimientos. La diversidad de servicios incluye también tareas prácticas, funciones a menudo ocultas o ignoradas por muchos, pero preciosas para el corazón del Señor. En el capítulo 12 de la Primera Epístola a los Corintios, la primera manifestación del Espíritu que se menciona es la palabra de sabiduría. Manzanas de oro con incrustaciones de plata es la palabra apropiada ([Prov. 25:11](#)).

En su soberanía, Dios se sirve de quien quiere para hacer lo que quiere, de modo que, para manifestar su gracia y su poder, puede utilizar incluso elementos impuros. ¿No se sirvió de Ciro, a quien llama «mi pastor» ([Is. 44:28](#)), y de Nabucodonosor, a quien llama «mi siervo» ([Jer. 43:10](#)), para llevar a cabo sus caminos y consejos a su pueblo?

Sin embargo, entendemos que se trata de instrumentos de los que Dios se ha servido, y no del servicio en sí, tal como el creyente está llamado a realizar, producto de una comprensión inteligente del pensamiento divino y de una verdadera entrega a la voluntad del Maestro. Porque, el verdadero servicio para el Señor es el fruto de la vida divina activa en el creyente, de la acción del Espíritu Santo que aplica la Palabra a su conciencia y a su corazón. Es la traducción de los afectos por Cristo,

como se demuestra, entre otros, en los capítulos 35 y 36 del Éxodo, que señalan repetidamente la disposición y la sabiduría de todos aquellos cuyo corazón los llevó a acercarse a la obra para realizarla (cap. 36:2). El objeto del servicio debe ser la gloria de Aquel a quien se sirve y la bendición de las almas que le son queridas.

En primer lugar, es importante que el siervo comprenda el fin del hombre en la carne. Si el obrero del Señor no ha comprendido plenamente que el hombre en Adán ha encontrado su fin en la cruz de Cristo, se expone a dos peligros: Primero, al orgullo, pues el «yo» no es retenido en la muerte, y segundo, a pensar que todavía se puede sacar algo bueno del hombre natural, mientras que la Palabra de Dios declara que el corazón del hombre es engañoso sobre todas las cosas, e incurable (Jer. 17:9; Rom. 7:18). No olvidemos nunca que la carne no tiene lugar ni derecho en el servicio, pues no puede someterse a Dios ni agradarle (Rom. 8:7-8). Por la fe en la obra de su Hijo amado, el redimido es de una nueva creación, es un hombre en Cristo. Vive para Dios, posee su Espíritu, la única fuerza por la que está llamado a caminar y puede servir a quien se ha convertido en el objeto de su corazón.

Tampoco basta con discernir una necesidad o sentirse movido por el deseo de servir al Señor para comprometerse en una actividad, pues la conciencia de ello no constituye necesariamente un llamado a responder personalmente. Solo en la dependencia sumisa y paciente que el creyente percibirá la voluntad del Señor para él. Este discernimiento solo puede adquirirse a sus pies, donde María llegó a conocerle, escuchando sus palabras. Así es cómo fue hecha inteligente para hacer una buena obra para él más adelante. Marta había antepuesto el servicio al Maestro. Estaba ocupada consigo misma, como traducen sus palabras: «¿No te importa que mi hermana me haya dejado sola para servir?» (Lucas 10:40). Al no tomarse el tiempo de detenerse a escuchar, perdió la parte buena, se vio privada de la aprobación del Señor y no tuvo nada que ofrecer en el momento en que el perfume debía ser derramado. La capacidad de servir requiere un estado espiritual adecuado, adquirido a través de la comunión personal con el Señor. Además, el vaso útil al Maestro está preparado por su purificación de toda mancha, por la santificación práctica, por la separación del mal y del mundo. Enseñado, convencido, corregido, instruido en la justicia por la Palabra de Dios, que es enteramente inspirada, el hombre de Dios es hecho apto para toda buena obra que tenga a Cristo por objeto (2 Tim. 2:21; 3:16-17). El siervo escucha la voz del Amo, lo espera. A su llamada, debe estar dispuesto a responder: «Heme aquí» (1 Sam. 3:4) y «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hec. 22:10). También debe sentir la necesidad de expresar esta petición: «Enséñame a hacer tu voluntad» (Sal. 143:10). A su debido tiempo, podrá responder a su Señor: «Envíame

a mí» (Is. 6:8). Antes de partir, el siervo está formado en la escuela de Dios, una escuela que continúa hasta el final de su peregrinación cristiana. Las Escrituras están llenas de ejemplos de esto, ya sea Moisés, Josué, David, Elías, los apóstoles, etc.

La aptitud para el servicio no está necesariamente relacionada con la edad, sino con la madurez espiritual y la autoridad moral. Timoteo era joven, pero estaba plenamente convencido de las cosas que había aprendido de niño, y la enseñanza que transmitía estaba acreditada por su fidelidad. El apóstol podía decirle todo a la vez: «Que nadie menosprecie tu juventud, *más bien* sé ejemplo de los fieles en palabra, en manera de vivir, en amor, en fe, en pureza» (1 Tim. 4:12). También nos dice que el que desee cuidar de la Asamblea de Dios no debe ser un recién convertido, lo que lo expondría al orgullo, y que debe tener un buen testimonio de los que están fuera (1 Tim. 3:5-7).

En Hechos 20, subraya la importancia de la autoridad moral que debe acompañar a todo ministerio (v. 17-21). Además, el oyente de una enseñanza que es según Dios tiene el deber de conformarse, independientemente del canal por el que se le haya comunicado (Mat. 23:3). Existe, pues, una doble responsabilidad, la del que enseña y la del que es enseñado. Si el servicio cumplido es según la mente del Señor es fuente de ricas bendiciones para el siervo –según Proverbios 11:25, el que riega será él mismo regado–, también entraña escollos, especialmente para un alma carente de vigilancia y dependencia. En la actualidad, ¿no nos sentimos a veces inclinados a buscar una actividad sin haber sido llamados a ella por el Señor, sin haberlo consultado al respecto antes de emprenderla y sin habernos formado en la intimidad del santuario? Tengamos cuidado con los sentimientos de nuestro corazón y no confundamos nuestros deseos con la voluntad del Señor. Además, no asociemos su Nombre y su Palabra con medios que no son propios de la dignidad y santidad de su persona y de las Escrituras. No debemos hablar de las cosas de Dios con las palabras enseñadas de la sabiduría humana, sino con las palabras enseñadas del Espíritu, comunicando cosas espirituales por medios espirituales (1 Cor. 2:13).

El siervo nunca es una fuente; debe ser un canal santificado, llamado a transmitir el mensaje divino en su integridad y pureza. Juan el bautista dijo de sí mismo: «Yo soy, dijo él, la voz de uno que clama en el desierto» (Juan 1:23). Este es el carácter de quien camina en santidad. El creyente solo puede comunicar las cosas que ha llegado a conocer meditando las Escrituras, que estamos llamados a escudriñar, y contemplando la Persona divina de la que dan testimonio. La necesidad de su alma y la felicidad de su corazón deben ser alimentarse diariamente de la Palabra de Dios (Jer. 15:6; Sal. 119:162). Rut, habiendo sido abundantemente alimentada con el grano

tostado recibido de la mano de Booz, pudo llevar algo a su suegra, *después de* quedar satisfecha (cap. 2:14, 18). Pablo, escribiendo a Timoteo, declara que, alimentado con las palabras de la fe y de la sana doctrina que ha comprendido plenamente, será un buen siervo de Cristo Jesús, transmitiendo la enseñanza a los demás (1 Tim. 4:6).

Pero existe el peligro contrario. El temor al oprobio de Cristo, la conciencia de nuestra debilidad e insuficiencia, pueden llevarnos a declinar la llamada del Señor y a decir, como Moisés: «¡Ay, Señor!, nunca he sido hombre de fácil palabra» (Éx. 4:10), o como Jeremías: «No sé hablar, porque soy niño» (Jer. 1:6). Se trata de una falta de confianza, ya que el Maestro que asigna un servicio proporciona la fuerza y los recursos para llevarlo a cabo. Mientras Pedro miraba al Señor que le llamó a caminar sobre las aguas, no se hundió. ¿Acaso no es poderoso el Señor para bendecir las cinco palabras pronunciadas por el Espíritu, como bendice los cinco panes y los dos peces del niño del Evangelio (Juan 6:9)? Y, sin embargo, humanamente hablando, ¿qué era eso para una multitud tan grande? Pero el Señor dijo: «Traédme los acá» (Mat. 14:18). El Señor hará abundar, en beneficio de muchos, lo poco que se ponga a sus pies. ¡Que esto nos anime!

La Escritura nos dice: «¿Son todos apóstoles, son todos profetas, son todos maestros?» (1 Cor. 12:29). Porque no todos están llamados a ser predicadores elocuentes, sino que todos tienen una función que desempeñar en el Cuerpo, y lo que el Señor espera de cada miembro es que la cumpla fielmente según la naturaleza y medida del don de Cristo (Efe. 4:7). ¿No dijo de María de Betania?: «Ella ha hecho lo que podía» (Marcos 14:8). Él no pide más; hagamos por él lo que esté en nuestra mano. El hombre de Mateo 25, al salir del país, dio a sus esclavos un número diferente de talentos, a cada uno según su capacidad. Cuando, más adelante, la apreciación del amo es dada por el uso que se ha hecho de los bienes que se le confiaron, se expresa la misma aprobación, tanto hacia el esclavo que recibió dos talentos y produjo otros dos, como hacia el que duplicó los cinco talentos entregados. En cambio, el siervo «inútil» (Mat. 25:30), que escondió el único talento recibido en la tierra es severamente reprendido, despojado de los bienes que se le habían confiado y condenado.

Tal servicio puede ser despreciado o calificado de “despilfarro” por el mundo religioso (Mat. 26:8), pero lo que es un despilfarro a sus ojos es precioso para Dios cuando es fruto de una dedicación completa a Cristo. Es el producto de un alma que vive en comunión con su Señor, que está unida a él porque ha llegado a conocerle.

Lo que se exige de un administrador es que sea fiel (1 Cor. 4:2). La fidelidad no hace popular al creyente; al contrario, a menudo conduce al aislamiento. El apóstol Pablo,

como muchos otros hombres de Dios, experimentó esto dolorosamente.

Desde su prisión romana, al final de una carrera bendita, puede escribir: «En mi primera defensa nadie estuvo de mi parte; todos me abandonaron». Sin embargo, puede añadir: «Pero el Señor estuvo junto a mí, y me dio poder» (2 Tim. 4:16-17). El Señor experimentó el aislamiento y la incomprensión a lo largo de su camino humano en la tierra, que terminó con el abandono total. Ahora bien, «no está el discípulo por encima del maestro; ni el siervo por encima del señor. Bástele al discípulo ser como su maestro, y al siervo ser como su señor» (Mat. 10:24-25).

Tomamos nota de algunas líneas, escritas hace más de un siglo por uno de nuestros predecesores, sobre el tema de la comunión y de la asociación en el servicio: “La comunión en el servicio, cuando la disfrutamos, es ciertamente una cosa preciosísima; sin embargo, el siervo fiel que conoce la mente de su Señor y lo sirve no se quejará de estar solo, y no querrá ser ayudado por otro que no está llamado ni dispuesto a la misma obra. Es muy dulce encontrar a un compañero de obra que camine con nosotros por la misma senda y servir con él, pero esto es muy raro. No es frecuente encontrar un fiel «colaborador» (Fil. 4:3), y cuanto más comprendamos los caminos del Señor y nuestra propia responsabilidad, menos lo esperaremos. La mies es mucha y hay pocos obreros, y si cada uno estuviera ocupado en su propio trabajo, no buscaría ayuda de otros siervos que están ocupados en el suyo. Hay muchos malentendidos sobre la comunidad en el servicio; los santos tienen una idea baja y a menudo falsa de ella. Algunos creen, por ejemplo, que pueden actuar sin dificultad de acuerdo con aquellos con los que no tienen comunión en la Mesa del Señor. No ven que nuestra comunión en Cristo es lo primero que hay que mantener y que está manifestada en su lugar en la Cena del Señor. Si no estoy de acuerdo con alguien en este punto, ¿cómo puedo aceptar rebajar esta base vital de la comunión al terreno inferior del servicio con ellos? Y, sin embargo, no es solo porque hayamos ocupado juntos nuestro lugar en la Mesa del Señor por lo que podemos servir juntos” (M.É. año 1868, página 235).

La Palabra nos enseña que el siervo depende directa y personalmente del Señor, que espera y recibe de él y por el ministerio de las Escrituras todas las directrices que necesita para actuar en su dependencia y bajo la acción de su Espíritu. Pero, por otro lado, a ella le gusta destacar el valor de la comunión de la asamblea. Ya se trate del ejercicio de un don o del cumplimiento de algún servicio, tanto dentro como fuera de las reuniones de la asamblea, el siervo no debe actuar con un espíritu de independencia, que sería la negación de la unidad del Cuerpo de Cristo. Aunque el evangelista está llamado principalmente a trabajar en el mundo y el pastor a

menudo está llamado a trabajar fuera de las reuniones de la asamblea, su actividad está sin embargo vinculada a la vida de la asamblea. Todo servicio es el resultado de la comunión individual con el Señor e implica responsabilidad personal, pero todo siervo espiritual buscará la comunión de los hermanos y de la asamblea. Las oraciones de la asamblea deben ser un valioso apoyo para el obrero del Señor. Por su parte, la asamblea considerará un privilegio y un deber interesarse por la actividad de los siervos del Señor, llevándolos en oración ante el trono de la gracia, pero también velando para que nada en la realización de su servicio empañe el carácter del testimonio de Dios confiado a los suyos. Si hay por ambas partes una búsqueda de todo lo que contribuye a honrar el Nombre del Señor, así como a la edificación, un santo temor y un espíritu de humildad, todo se desarrollará en feliz comunión, y el amor se regocijará con la verdad.

El comienzo del capítulo 13 del libro de los Hechos pone de relieve las condiciones en las que Pablo y Bernabé llevaron a cabo su servicio. Habiendo sido llamados, apartados por el Espíritu, se pusieron en camino con la comunión de los hermanos y de la asamblea en Antioquía. Después de trabajar en diversos lugares, se alegraron de volver a Antioquía, donde habían sido encomendados a la gracia de Dios para la obra habían realizado. Cuando llegaron y reunieron a la asamblea, contaron todas las cosas que Dios había hecho con ellos, y cómo había abierto la puerta de la fe a los gentiles (Hec. 14:26-27). Este es un buen ejemplo de la comunión entre la asamblea y los siervos.

Que el Señor ejercite nuestro corazón y nos dé la capacidad de discernir la función que su gracia nos confía, y nos haga dispuestos a cumplirla con humildad y fidelidad. Que el recordatorio de Pablo a Arquipo: «Mira por el ministerio que has recibido en el Señor, para que lo cumplas» (Col. 4:17), hable a cada uno de nuestros corazones. Que, como los tesalonicenses, sirvamos al Dios vivo y verdadero, esperando del cielo a su Hijo, a quien resucitó de entre los muertos, Jesús, que nos libra de la ira venidera.

Traducido de «*Le Messager Évangélique*», año 1988, página 318